

Aspasia o la liberación de la Mujer

Carlos Sáez Echevarría

PERSONAJES

ASPASIA	Mujer de Pericles
PERICLES	Jefe de Estado
POLIXENA	Mujer repudiada de Pericles
ONFALA	Poetisa de Lesbos
XANTIPPOS	Hijo de Pericles y de Polixena
TISÍFONE	Esclava de Aspasia
PLATÓN	Filósofo
NICIAS	Amigo de Xantippos
AMIGA DE POLIXENA	
CORIFEO Y CORO DE HOMBRES	
CORIFEA Y CORO DE MUJERES	
VOZ DEL HERALDO DEL TRIBUNAL	
VOZ DEL PRESIDENTE DEL TRIBUNAL	
VOZ DEL PUEBLO	

ACTO I

Se produce un revuelo de voces de mujeres. Entran en escena procedentes de diferentes puntos del teatro, tanto del patio de butacas como del escenario, un nutrido grupo de mujeres. Son las componentes del CORO. Hay una mayor que hace de CORIFEA. Todas van vestidas a la manera antigua griega. La túnica por encima del vestido largo de colores llamativos sirve para dar más vistosidad a las evoluciones del CORO. Llevan en las manos una careta con dos caras diferentes a cada lado de la misma, una alegre y otra triste. Se van poniendo una u otra de acuerdo con las ideas que se reciten. Depende del director de escena la originalidad de los movimientos con los brazos y el cuerpo, así como la iluminación de diferentes colores, música de fondo, etc. Cuando los componentes del CORO DE MUJERES declaman en común los recitativos, se comportan como un verdadero actor independiente. Todas se reúnen en el centro del escenario, cuando todavía está subiendo el telón. Mientras tanto se van apagando las luces y unos focos iluminan alternativamente a la CORIFEA y a las CORISTAS. Todas llevan puestas las caretas de dolor y se las van quitando.

CORIFEA.- El tener que llevar a todas partes la careta, cansa una barbaridad. Es una molestia terrible. Apenas queda espacio en las manos para agarrar nada.

CORISTAS.- (Todas a una y representando.) ¡El tener que llevar a todas partes la careta cansa una barbaridad! Es una molestia terrible. Apenas queda espacio en las manos para agarrar nada.

CORIFEA.- ¡Estáis hoy muy despistadas! Esa frase no la he dicho para representarla. Quitaos las caretas y hablad con naturalidad ahora.

CORISTA 1ª.- Estoy cansadísima. Yo soy de temperamento muy alegre y me gusta reírme de todo y el tener que fingir tanta seriedad con la careta, acaba una por cansarse.

CORISTA 2ª.- Pues dímelo a mí, que estoy todo el día sentada en el templo, recibiendo los donativos a los dioses con un sacerdote que se las da de listo y grave y tengo que escuchar con atención todas sus imbecilidades.

CORISTA 3ª.- Lo mismo me pasa a mí con mi marido. Es el tío más agarrado que existe en el mundo y no se lo puedo reprochar. Si lo hiciese, me repudiaría. ¿A dónde voy yo a mi edad con mis hijos? Tengo que hacer de tripas corazón y atenderle, como si dijera o hiciera las cosas más sabias del mundo.

CORISTA 4ª.- A mí hasta mis hijos me tienen poco respeto, queridas. Han visto el vacío que me hace mi marido y ellos también procuran imitarle. ¿Qué tengo que hacer? A uno le tengo que obedecer por temor y a los otros los tengo que dejar hacer lo que hacen por amor. Estoy hecha un verdadero lío.

CORISTA 5ª.- Corifea, ¿no tendremos ninguna posibilidad de mejorar nuestra situación?

(Todas las CORISTAS se ponen las caretas de dolor y hacen gestos y pasos acompasados, lentos y medidos.)

TODAS LAS CORISTAS.- ¡Por Zeus y todos los dioses del Olimpo! Tenemos que hacer algo para mejorar nuestra situación. Iremos a Delfos y consultaremos el oráculo de Apolo.

CORIFEA.- Parece mentira que seáis tan irresponsables. No se os ocurra hacer estos comentarios fuera de nuestro círculo de amigas. Como se enteren nuestros maridos de lo que estamos hablando, nos van a dar un serio disgusto.

CORISTA 6ª.- A mí me hubiese gustado estudiar y conocer más la naturaleza. Me hubiera gustado ser médico.

CORIFEA.- ¡Qué horror!

CORISTA 7ª.- Pues a mí me hubiera gustado ser militar y mandar estratégicamente a los ejércitos. Todos en mi casa dicen que tengo un temperamento bárbaro para ello, que podría hacer una guerrita en cualquier parte del mundo y ganarla, por supuesto; pero como no se estila eso en nuestra modernísima sociedad...

CORISTA 8ª.- ¿No nos dejan ni elevar la voz en casa y nos van a dejar conducir los ejércitos? A mí me gustaría ser actriz de teatro y poder representar escenas muy románticas.

CORIFEA.- Habéis dicho unos disparates que no hay oídos humanos que los puedan soportar. Os aconsejo que cuando habléis entre vosotras, lo hagáis muy bajito, para que no os oigan los hombres y no os manden a la cárcel.

CORISTA 6ª.- Pues ya tenemos un buen ejemplo a seguir, y aquí mismo en Atenas. Hay una mujer que tiene el temperamento todavía más grande que el mío.

CORIFEA.- ¡Qué dices, insensata! Ten cuidado y no levantes falsos testimonios. Si te oyen, sería su perdición.

CORISTA 6ª.- Es la pura verdad. Esto está sucediendo en nuestros días. Una mujer se ha atrevido a hablar en la Academia, junto a los grandes maestros de la filosofía.

(Se produce un revuelto general. Las CORISTAS gritan asustadas y se acercan corriendo a escuchar su nombre.)

TODAS LAS CORISTAS.- ¡Dinos su nombre! ¿Dónde vive?

CORISTA 6ª.- Se llama Aspasia y está armando un revuelo terrible. Está demostrando a los hombres que las mujeres podemos también pensar como ellos y aun mejor que ellos. El otro día dejó boquiabiertos a todos. Discutió con varios arcontes sobre política y convenció más que ellos.

CORIFEA.- ¡Qué horror! Eso será su perdición. ¡Pobrecilla!

CORISTA 2ª.- ¡Tiene que ser inteligentísima!

CORISTA 3ª.- Y más valiente que los hombres para atreverse a eso.

CORISTA 6ª.- Además hay otra cosa que os gustaría saber. Parece ser que Pericles la ha defendido delante de algunos murmuradores. Andan las malas lenguas diciendo que Pericles está enamorado de ella.

CORIFEA.- Ya sólo faltaba que, además, murmuréis ahora de la autoridad para que deis con vuestros huesos en la cárcel. Callaos por favor que me estáis poniendo en una situación muy difícil.

CORISTA 6ª.- Como no tienes que ir a por agua a la fuente todos los días, no te enteras de nada.

CORISTA 8ª.- Siempre hablamos en la fuente sobre el enamoramiento de Pericles. Es la sensación de las mujeres de Atenas. Nos pasamos preguntando detalles durante horas.

CORIFEA.- Ya me está picando la curiosidad. ¿Es una noticia que se puede creer realmente en ella? Si así fuera, ¿de dónde ha procedido la noticia?

CORISTA 6ª.- De las esclavas de Pericles. Alaba constantemente a Aspasia de la manera más entusiasta delante de todos los magistrados. Dicen las esclavas que la sangre se le sube a la cara, que se ruboriza, cuando habla de ella y que en alguna ocasión le han llegado a temblar las manos.

CORIFEA.- Es una noticia de primera magnitud. Esta noche la voy a comentar con mi marido, para ver si sabe algún detalle más.

CORISTA 3ª.- ¡Qué suerte tenemos en Atenas! Aquí suceden siempre los grandes enamoramientos entre hombres y mujeres, incluso entre los dioses, y nosotras tenemos materia de conversación, para pasarlo de maravilla, comentándolos.

CORIFEA.- Esto parece que no puede acabar bien. Pericles se va a meter en muchos líos, como siga así. Tened en cuenta que es un político y un militar, que su prestigio se debe al pueblo y que si el pueblo no admite su conducta, su carrera política se destruirá inmediatamente.

CORISTA 6ª.- Parece ser que el hijo de Pericles lo quiere estropear todo. Esto va a suponer un inconveniente muy grande para Pericles. Dicen las esclavas de Pericles que Xantippos, su hijo, anda echando pestes contra Aspasia.

CORISTAS.- ¡Qué horror! ¡Qué barbaridad!

(Hay un momento expectante de silencio.)

CORIFEA.- Esto no puede acabar bien. ¿Qué podríamos hacer para ayudar a Aspasia?

CORISTA 5ª.- He intentado disuadirle una vez y me fue imposible. Me dejó templando de espanto. Me contestó que con la verdad por delante se puede ir a todas partes; que si ella tenía la razón, ¿por qué no le iban a escuchar los hombres?; que ella pensaba discutir en la Academia todo lo que quisiera; que encontraba muchos políticos de poca talla, como para tomar decisiones importantes y que ella hubiera encontrado soluciones mucho mejores, para la guerra contra Esparta.

CORISTAS.- (Todas a una.) ¡Qué horror!

CORIFEA.- Sólo nos faltaba ahora que empezase a organizar batallas navales.

CORISTA 6ª.- Figuraos que le dé por organizar batallas terrestres y nos matan a nuestros maridos.

(Se apagan en este momento todas las luces. Las CORISTAS se sitúan frente al escenario con la careta de tristeza colocada en la cara, en la posición que el director de escena juzgue de mayor efecto. Cuando se vuelven a encender las luces y durante todo el monólogo siguiente, las CORISTAS van haciendo evoluciones y movimientos también con los brazos de forma acompasada, acompañadas por efectos luminotécnicos.)

CORISTAS.- ¿Qué es la mujer?

¿Es acaso un ser contradictorio

para que se burlen de ella los hombres?

¿Qué es la mujer?

¿No es una fuente de amargura

durante toda la vida

y un océano de responsabilidades?

CORIFEA.- Todo lo tiene en su ser diminuto.

Es la envidia de la muerte

y el remedio de la enfermedad.

Su vitalidad está por encima

de todo lo creado.

CORISTAS.- ¿Qué es la mujer?
 ¿No es el origen de toda felicidad?
 ¿No damos risa a la infancia,
 salud y comodidad a la vejez?
 ¿Quién justificará su conducta?
 ¿Por que la menosprecian tanto
 en lugar de estar agradecidos?

CORIFEA.- No te apenes, mujer.
 Hay más recursos en tu alma
 que flores en la primavera.
 Hay más dulzura en tu corazón
 que en todos los paneles de miel
 de la tierra.
 Hay más poder en una sola de tus caricias
 que en todos los cetros del mundo.

ACTO II

Se vuelven a encender las luces y la escena representa los jardines de la Academia, adornados con estatuas. Están sentados PLATÓN, PERICLES y ASPASIA. Los componentes de los coros están sentados al fondo en gradas de piedra, escuchando. PERICLES va vestido de senador.

ASPASIA.- (Se incorpora y dice con voz segura y firme.) Continuando con la discusión del día anterior, sostengo que las costumbres son las perturbadoras del avance social de las personas y que el gobernante lo primero que tiene que hacer, es cambiarlas para sentirnos todos más consecuentes con nosotros mismos. La razón de una costumbre casi siempre es el mínimo esfuerzo. A los grupos sociales no les interesa esforzarse en cambiar las costumbres, porque habría que pensar en hallar soluciones y en crear, lo cual, realmente, es difícil. Este es el origen de los tabúes y miedos, para imponer una innovación creadora. Toda innovación y creación requiere rectificaciones y correcciones constantes. Por eso se inventan las leyes que atascan las costumbres y hacemos de las leyes, impersonales, las culpables de todo lo malo que nos sucede. El gobernante es el que tiene que cambiar las leyes, para cambiar las costumbres. ¿Por qué existen las leyes que prohíben gobernar a las mujeres? ¿Por qué existe esta costumbre? A mí, personalmente, me vienen a consultar importantes personalidades de la nación sobre cuestiones de dialéctica, de oratoria y de política. Si yo soy una mujer, ¿por qué tienen necesidad de mi consejo? Es necesario cambiar la costumbre que nos impide gobernar a las mujeres.

PLATÓN.- En estas cuestiones de gobierno en donde se entremezclan normalmente razones políticas y planteamientos económicos para la manipulación de las masas, no me parece muy acertado utilizar la filosofía con estos fines.

ASPASIA.- Estimado Platón, en esta cuestión opino, precisamente, lo contrario. La política de un hombre de estado no puede ser grande, si no arranca de unos grandes principios filosóficos. En tu libro sobre la república eliminas a la mujer de su sagrado papel de madre de familia, nos pones a todas como concubinas, con lo cual no solamente nos incapacitas para desempeñar un papel noble en la vida, sino que además nos quitas el amor de los hijos, para entregarlos al amor del Estado. Si las leyes son las que mandan y estas no tienen sexo, ¿por qué no las puede aplicar tanto un hombre como una mujer?

PLATÓN.- Las masas son perezosas y abúlicas, sin capacidad de discernimiento. Cualquier persona podría utilizarlas con intenciones perniciosas. Por otra parte todos sabemos lo que son los grupos de presión. ¿Cómo va a poder resistir mejor una mujer que un hombre a estos grupos? ¿De dónde sacará una mujer la suficiente combatividad? ¡Esta es la causa de que no haya habido nunca gobernantas, sino gobernantes!

ASPASIA.- Si la fuerza del gobernante está en las leyes y en la justicia, ¿por qué dar tanta importancia al sexo? ¿No deberíamos ser todos mejor educados en este sentido? Todas las heroínas de Sófocles, todos los héroes de Fidias son personas que se han revelado contra las masas, contra el destino, contra todo lo que impide su perfeccionamiento.

PLATÓN.- (**Malhumorado.**) Estas cuestiones son tan graves que lo que se está deliberando aquí puede ser el origen de la decadencia de todo un pueblo y no puedo pasar por ello. El arte, la literatura, la escultura y la poesía no tienen nada que ver con la política y la estrategia. Precisamente en nuestros días estamos asistiendo al empobrecimiento de Grecia por ciertas costumbres revulsivas que están acelerando su caída. Me refiero a la retribución de los poderes públicos, al expansionismo comercial incontrolado y al imperialismo que está asolando nuestra patria. Nunca ha sido más triste que ahora nuestro destino. Estas ideas, aparentemente inofensivas, pueden dar el golpe final a nuestra política y economía, tan maltrechas. No hay nada más peligroso que jugar con los puñales de las ideas que pueden causar heridas irreparables.

(**PLATÓN se marcha con evidentes señales de mal humor y con él todos menos ASPASIA y PERICLES.**)

PERICLES.- (**Se acerca a ASPASIA y la abraza amorosamente.**) ¡Has estado fantástica! ¡Te has atrevido a contradecir al divino Platón y has sabido argumentar muy bien tus ideas! Me has convencido más que él. ¿Por qué no has decidido todavía casarte conmigo?

ASPASIA.- Porque tienes hijos y estás casado.

PERICLES.- Estoy casado con una mujer a la que no amo. Podría repudiarla, cuando quisieras.

ASPASIA.- Tu hijo Xantippos se está poniendo peligroso. Anda hablando mal de mí por toda la ciudad.

PERICLES.- Mi hijo Xantippos no ha cesado nunca de darme disgustos. No ha hecho más que dilapidar mi dinero. No consentiré que sea ahora un obstáculo para mi felicidad.

ASPASIA.- Podrá unirse a tus enemigos políticos y hacer mucho daño.

PERICLES.- Venceremos ese obstáculo. Estoy acostumbrado a luchar. Lo vitalmente importante para mí es que te cases conmigo. Tienes que contestarme ahora mismo. Bien sabes que te amaré hasta la muerte.

ASPASIA.- Me parece que no voy a tener más remedio que arrojarme a la hoguera de tu amor y consumirme en ella como una llama, sin prestar atención a los innumerables sufrimientos que me esperan.

(En este momento aparecen por el fondo POLIXENA, mujer de PERICLES y una amiga. Les han estado espiando y se esconden detrás de unos árboles y arbustos, mientras los observan.)

PERICLES.- Si te casas conmigo, podré hacer de ti una figura histórica que señale un camino a seguir a todas las mujeres del mundo. Una mujer que sabe gobernar, incluso mejor que muchos hombres. No lo pienses más Aspasia y dame el sí que tanto espero.

(PERICLES y ASPASIA se besan apasionadamente.)

ASPASIA.- Amor mío, cómo negarte nada, si eres irresistible. ¡Estoy deseando estar siempre a tu lado y no vivo más que para verte y oírte! Tú sabes muy bien que eres el gran amor de mi vida y que fuera de ti el mundo no me interesa nada. ¿Cómo voy a ser capaz de decirte que no, cariño mío? ¿Cómo voy a ser capaz de destruir todas mis ilusiones, todo ese amor que has plantado en mi corazón y que cada día, cada hora, brota con más flores y con más hojas de adoración por ti? ¡Sí, mil veces sí!, ¡quiero ser tu esposa y gritarlo a los cuatro vientos, a todos los vientos del mundo...! ¡Sí, sí, sí! Quiero ser tu esposa, tu única esposa para siempre hasta que este débil corazón mío, deje de latir porque su último latido habría sido para ti y por ti.

PERICLES.- No sabes lo feliz que me hacen tus palabras. Me siento como flotando en una nube, como si no pisasen mis pies sobre este mundo, como si hoy me pareciese que todo es bueno, bello y hermoso y tuviera que dar las gracias al universo por las bondades que me vienen a través de ti.

(Se vuelven a abrazar apasionadamente.)

Casémonos cuanto antes. Piensa sólo en nuestro amor y en lo felices que seremos los dos. Te prometo adorarte toda mi vida. Ahora me tengo que ir, Aspasia. Nos veremos después en tu casa.

(PERICLES se retira por la parte izquierda del escenario. En este momento salen del fondo de arbustos y árboles, donde se escondían POLIXENA y su amiga. POLIXENA se dirige dasairadamente a ASPASIA.)

POLIXENA.- (Con indignación y desprecio.) Ahora resulta que la gran intelectual de la época, la gran filósofa Aspasia, es también una vulgar puta que se dedica en ratos libres a robar maridos a las que están casadas.

ASPASIA.- No he tenido necesidad de robarte nada. Tu marido vino a pedirme, personalmente, que me case con él. Todo el mundo está al corriente de que tu matrimonio ha fracasado hace mucho tiempo.

POLIXENA.- (Va aumentando cada vez más su cólera.) ¡Eres tú la que has hecho fracasar mi matrimonio con tus malas artes de filósofa de pacotilla! **(Acercándose más a la cara de ASPASIA e insultándola.)** ¡Putas, rameras, so zorras! **(Se abalanza sobre ASPASIA, para pegarla, pero la retiene la AMIGA que va con ella.)**

ASPASIA.- Yo no he tenido la culpa de nada. Has sido tú misma con tu falta de inteligencia, con tus celos tontos, con tu carácter neurasténico.

POLIXENA.- ¿Que yo soy celosa, intemperante y neurasténica? ¡Me estas inventando defectos para ocultar en ellos tu inmoralidad!

ASPASIA.- Me lo ha dicho tu marido muchas veces. Está harto de tu genio, de tus gritos, de tus lágrimas. Se va por tu culpa, solamente por tu culpa.

POLIXENA.- ¿Qué le ofrecías tú a cambio de esas declaraciones? ¿Tu concupiscencia de mujer disoluta y sin principios?

ASPASIA.- (Con rabia.) Tu marido ha visto en mí una mujer muy decente hasta el punto de querer hacerme su esposa. ¡A ti te va a repudiar!

(POLIXENA, presa de un ataque de furor se dirige hacia ASPASIA para pegarla, pero la AMIGA la contiene, interponiéndose entre las dos.)

AMIGA DE POLIXENA.- Polixena, no hagas algo de lo que te puedas arrepentir después.

POLIXENA.- (Se echa a llorar.) ¡No me repudiará! ¡Antes te destruiré!

(En un descuido de la AMIGA que la sujetaba, POLIXENA se abalanza sobre ASPASIA y la tira al suelo. La AMIGA la vuelve a sujetar y ella se vuelve a soltar, atacando a ASPASIA, pegándola patadas, tirándola de los pelos y rompiéndole la túnica.)

AMIGA DE POLIXENA.- ¡Polixena, que te puede denunciar! **(La sujeta.)**

ASPASIA.- (Incorporándose.) ¡Serás siempre una derrotada! Nadie me podrá quitar a Pericles. De eso puedes estar segura. Tu serás siempre una derrotada.

POLIXENA.- (Llorando mientras la AMIGA la aleja.) ¡No me repudiará! ¡No me repudiará!

ACTO III

De la misma forma que entró el CORO DE MUJERES en el primer acto, va apareciendo con gran alboroto el CORO DE HOMBRES dentro del escenario, vestidos a la usanza de la antigua Grecia. La mayoría tienen pinta de estar un poco bebidos. Llevan también una careta con dos caras diferentes a cada lado de la misma, una alegre y la otra triste. Se las van poniendo o quitando a gusto del director de escena. Al llegar al escenario se ponen la careta alegre.
El CORIFEYO es de mayor edad que el resto de los componentes del CORO.

CORIFEYO.- Vamos a la bodega de Salustio. Tienen un vino tinto que es una maravilla.

CORISTO 1º.- Lo que más me gusta de esa bodega, no es el vino precisamente. Tiene dos esclavas que están todavía mejor que el vino. Además se dejan querer de una forma escandalosa. Basta con guiñar un ojo a cualquiera de las dos y en seguida te ponen un plan barato para la noche.

(Risotadas generalizadas entre los CORISTOS.)

CORISTO 2º.- Pues mira que las esclavas de la bodega de Pirro. Cada vez que entro allí, me emborrachan como una cuba y me dejan sin blanca.

CORISTO 3º.- Sin embargo a mí me parece que las esclavas más hermosas están en la bodega de Lisias.

CORIFEYO.- ¡Calla que si te oye tu mujer, te va a hacer la vida imposible!

CORISTO 3º.- La vida imposible me la está haciendo desde que nos casamos. Ya me estoy cansando de sus tonterías. Todo el día se pasa hablando de bobadas y criticando al prójimo y no hay quien la pare. Si tuviera el dinero suficiente, la repudiaría. Me casaría ahora mismo con una más joven y menos habladora.

CORIFEYO.- Eso ya lo he hecho yo. Pero resultó después que la jovencita era todavía más habladora que la anterior.

CORISTO 4º.- ¡Pues mira que si te casas con una como Aspasia...!

TODOS EL CORO.- (Elevando los brazos a una.) ¡Qué espanto! ¡Sería horrible! ¡Qué horror!

CORIFEOS.- ¿Habéis oído? ¡Casarse con Aspasia! ¿Estás bien de la cabeza? ¿Ya habrá aquí alguno que quiera casarse con ella?

CORISTO 5º.- Si quieres que además de ser ella la que dé las órdenes en tu casa, te metan en la cárcel...

CORISTO 6º.- ¿Por qué te iban a meter en la cárcel?

CORISTO 5º.- ¿No lo sabes? Anda toda la ciudad revuelta a cuenta de ella. El Consejo de Gobierno la quiere llevar a los tribunales por alborotadora pública y por atentar a las buenas costumbres.

CORIFEOS.- Ya me parecía a mí que esto tenía que acabar mal. Tanto exhibirse en público, tanto dictaminar, tanto influir en Pericles y en sus decisiones... y ¡claro!, como las cosas van ahora de mal en peor, tiene que buscar una víctima. Como nadie se atrevería a tocar a Pericles por su gran prestigio popular, lo más sencillo para sus enemigos políticos es cebarse en su mujer Aspasia y en sus amigos Anaxágoras y Fidias, para poder atacar también de alguna manera a la figura de Pericles.

CORISTO 7º.- Ya le he dicho yo muchas veces a mi mujer que no alabe tanto a esa charlatana, que seguramente iba a acabar mal. Una mujer nunca podrá igualarse a un hombre y Aspasia lo que desearía es superar a todos los hombres juntos.

CORISTO 6º.- A mí nunca me ha gustado oírle hablar de esa manera. Si mi mujer lo hiciera, le impondría un castigo que se iba a acordar para toda la vida.

CORIFEOS.- Las mujeres no están hechas para filosofar. Están hechas solamente para cocinar y hacer el amor. En cuanto salen de su cometido desbarran.

CORISTO 8º.- Lo peor de todo es que además le da por hacer política. ¡Quién le habrá metido en la cabeza a esa pobre mujer todas estas locuras! Le van a poner un castigo ejemplar.

CORIFEOS.- ¡Sí, señor! Aspasia se merece un escarmiento. Así no dará ánimos a las demás para que se pongan insolentes delante de sus maridos.

No hay fuerza más terrible.

CORIFEO.- La inteligencia del hombre se adueña
de todo el universo.
Su tesón y su constancia
son más altos que los cielos.

CORO.- Su voluntad es el terror del universo.

CORIFEO.- ¿Quién es ese ser diminuto
que se adueña de la tierra,
de los ríos, montañas, bosques y valles?

CORO.- Es el hombre quien arrebató el oro
y los diamantes de las entrañas cansadas
de la tierra.

Todo esto sólo lo puede hacer el hombre.

CORIFEO.- El hombre eleva la frente
y hace temblar al universo.
Le basta con elevar el brazo
y castigar sin piedad al enemigo.

CORO.- Su inteligencia es el centro del mundo.
Todo ha sido creado para su servicio
y disfrute.

(Salen lentamente por la izquierda del escenario. Las luces se van apagando también lentamente.)

ACTO IV

Cuando se vuelven a encender las luces, la escena representa la casa de PERICLES. La puerta de salida a la calle es la del foro. A cada lado del escenario hay una puerta que da a las habitaciones interiores de la casa. El escenario es un gran salón que hace de hall, decorado con el más refinado gusto de la época. Hay estatuas y pinturas de los mejores artistas, colocadas en sitios estratégicos con exquisito gusto. En el centro hay un amplio triclinio. ASPASIA aparece recostada en el triclinio, leyendo unos documentos, enrollados a la usanza antigua. Entra TISÍFONE, esclava joven y agraciada, vestida con una sencilla túnica de esclava.

TISÍFONE.- ¿Desea la señora algo especial para el banquete de hoy?

ASPASIA.- Sí. Hoy vendrá a cenar también el Embajador de Corinto. Deseo que nos saques el mejor vino de Corinto que hay en la bodega. Prepáralo todo con mucho cuidado. Tienen que quedar contentos con la velada.

TISÍFONE.- Sí, señora. Lo tendré todo dispuesto a su gusto.

ASPASIA.- Me han dicho que la gente está hablando mucho sobre mí en Atenas. ¿Has oído hablar algo sobre mí por la calle?

TISÍFONE.- De las cenas de esta casa habla toda la ciudad.

ASPASIA.- Sobre mí, ¿qué dicen?

TISÍFONE.- Sobre usted dicen de todo. Unos la alaban y otros la vituperan. Los que la alaban la ponen por las nubes. Los que la vituperan la ponen por los suelos.

ASPASIA.- El caso es meterse con la gente y tener algo que criticar. Haz lo que te he mandado y procura preparar bien todas las cosas de la cena.

(TISÍFONE sale por el foro.)

ASPASIA.- Noto cómo me miran y critican, cuando paso por el ágora. Sin embargo, mi corazón está más alegre que nunca, pues poseo al hombre más sabio y bueno del mundo. Nunca he sido tan feliz como ahora.

(Entra PERICLES, vestido de senador y besa tiernamente a ASPASIA.)

PERICLES.- Aspasia, estoy preocupado por los recientes acontecimientos. Estamos en una época de detrimento de todos los valores. Cuando las cosas van mal, todo son responsabilidades. Cuando las cosas van bien, nadie se pregunta a quién fue debido tanto beneficio.

ASPASIA.- El juicio de Fidias me ha llenado de coraje. Ha tenido que huir de la ciudad. Acusarle de impiedad contra los dioses, porque esculpió su imagen y la de sus amigos en el escudo de la diosa, me parece una solemne tontería.

PERICLES.- Lo peor son los bulos que corren por toda la ciudad. Me acusan de malversación de fondos públicos y de originar gastos suntuosos. Hasta mi maestro Anaxágoras ha tenido que exiliarse voluntariamente. Ya sólo me quedas tú, amada mía. Me temo que van a querer hacerte daño también a ti. Te recomiendo que no vayas más a la Academia. Andarán como lobos para atacarte y poder ocasionarme algún daño.

ASPASIA.- Haré lo que deseas. No iré más a la Academia.

PERICLES.- Hoy voy a estar muy ocupado; no voy a tener tiempo para dedicarlo a nuestros invitados. Cena tú con ellos y entreténlos, como sabes hacerlo.

(PERICLES se marcha por la puerta del foro, despidiéndose de ASPASIA con un beso. ASPASIA se va por la puerta de la izquierda. Por la puerta de la derecha entran ONFALA y TISÍFONE. ONFALA es una mujer muy atractiva que viste llamativamente. Como buena poetisa, tiene un encanto especial para la escena, actuando con gran desenvoltura y perfecta dicción.)

ONFALA.- ¡Qué ganas tenía de que nos dejaran algún momento a solas!

TISÍFONE.- Ten cuidado, Onfala. Es peligroso ahora.

ONFALA.- ¿Peligroso? ¿Cuándo has sentido tú el peligro por nada? ¿No te acuerdas ya, de cuando viniste a mí por primera vez y me desnudaste, sin decir ni una sola palabra? No hiciste entonces ninguna demostración de miedo.

TISÍFONE.- Ahora es distinto. Cometí la gran torpeza de insinuarme a Aspasia.

ONFALA.- ¡Tu error te puede costar caro! ¿No te das cuenta de que Aspasia es distinta?

TISÍFONE.- No podía estar tan cerca de ella sin tocarla, sin decirle algo... Todos los días en el baño se desnudaba en mi presencia y yo le pasaba la esponja por sus pechos y caderas. Todos los días le preparaba el baño con pétalos de rosas y tenía que soportar impasible el espectáculo de su maravilloso cuerpo. Todos los días tenía que respirar su perfume delicioso y oír su cálido acento.

Un día no me pude contener y abrazándola le di un beso en la boca, el beso más dulce que haya dado jamás... Yo creía que ella se contagiaría de mi fuego y que al final consentiría en que la besase más y más hasta caer en el vértigo del placer; pero fue al contrario. Aspasia me lanzó una mirada de reproche. Era fuego lo que salía de sus ojos. Me separó brutalmente; llamó a las demás esclavas y me hizo azotar delante de todas ellas. La vergüenza que sentí fue terrible. Ardí en deseos de venganza.

Hubiera querido matarla por despecho. Yo sólo deseabas gozar de sus caricias y abandonarme a ellas; pero sus caricias las reserva para otro y yo soy muy poca cosa para aspirar a tanto. Estoy despechada y quiero vengarme de alguna forma. Me hizo pasar la peor humillación de mi vida. Para que no me vendiera a otros amos, tuve que volver a humillarme y a pedirle perdón con lágrimas en los ojos, fingiendo un arrepentimiento que no sentía. Me lleno de coraje e ira, viendo cómo me trata. Me parece que se recrea en castigarme.

ONFALA.- Ten cuidado, Tisífone. No te creía tan imprudente. Eres algo que se vende por unas monedas y estás aspirando a mucho: nada menos que a Aspasia, la mujer más importante de Grecia. Piensa que te puede hacer mucho daño, si ella quiere.

TISÍFONE.- Más daño quisiera hacerle yo. Todavía siento en mis carnes los latigazos que me mandó dar. Me tengo que vengar sea como sea.

ONFALA.- Quizás con el tiempo se te olviden los rencores.

TISÍFONE.- No lo olvidaré nunca. Ardo en deseos de escaparme de esta casa. Ardo en deseos de cometer una locura.

ONFALA.- Una esclava no podrá ser nunca libre. La libertad se compra sólo con dinero y ni tú ni yo lo poseemos. Mira cómo tengo que andar vendiendo mis actuaciones delante de los poderosos para poder malvivir y malcomer de las migajas que me dan. ¿Qué podría hacer yo para salvarte?

TISÍFONE.- Tiene que haber algún medio. Tienes que ayudarme.

ONFALA.- Tendrías que huir toda la vida de la justicia. Si te escapas de esta casa, la comuna lesbiana de Lesbos no te aceptaría en estas condiciones.

TISÍFONE.- Estoy dispuesta a todo, con tal de no seguir en esta casa.

(En este momento entra ASPASIA por la puerta de la izquierda y besa a ONFALA. TISÍFONE se va por la derecha.)

ASPASIA.- Onfala, no sabes lo agradecida que te estoy por haber aceptado la invitación de venir a deleitarnos esta noche con tus poemas durante la cena. Precisamente esta noche va a ser muy especial. Van a asistir los embajadores de Corinto y Potidea.

ONFALA.- No puedo desaprovechar la ocasión de asistir a una de tus brillantes fiestas, tan famosas en toda Grecia.

ASPASIA.- Tú también gozas de una merecida fama.

ONFALA.- Esto es debido a que mi vida causa siempre más impresión que mis poemas.

ASPASIA.- ¿Es tan importante para ti el erotismo homosexual en tu vida, como para absorber por completo tu conciencia?

ONFALA.- Para mí y para millones de mujeres como yo es importante todo lo que se produce dentro del campo de la conciencia humana. Eso que tú llamas erotismo para nosotras es el verdadero amor y es lo único a que podemos aspirar en esta vida, para poder sentirnos dichosas. ¿Por qué tanto empeño en criticarnos? La felicidad es algo muy particular que atañe a cada persona en privado. No me importa escandalizar, si a través del escándalo logro hacer pensar a la gente en la imbecilidad de sus planteamientos.

ASPASIA.- Tus planteamientos no coinciden con los míos. Sin embargo prefiero respetarlos, como corresponde a la gran poetisa que eres. ¿Has preparado algo especial para deleitarnos esta noche?

ONFALA.- Para esta noche he preparado una cosa muy especial. El poema está dedicado a ti, precisamente, y se titula Las Caracolas.

ASPASIA.- Me gustaría muchísimo oírte recitar ahora mismo para mí sola. No quisiera perderme ese placer.

ONFALA.- Te lo dedico ahora mismo con todo cariño.

(ONFALA se dirige a la mesa donde hay una gran caracola de mar. La coge entre las manos y va al centro del escenario. ONFALA queda envuelta en un foco de luz circular, mientras recita. El resto del escenario permanece en penumbra o a oscuras. Se escuchan efectos acústicos de las olas del mar.)

ONFALA.- Las caracolas
en el palmar
cantan a coro
sólo un cantar.
Noche de luna
tenue, fugaz,
arco de estrellas
de eternidad,
lengua del viento,
lengua del mar,

las caracolas
quieren hablar
lo que de Aspasia
nadie dirá.

Es un secreto
en el palmar
sobre las olas
que al viento van,
mientras la nube
vuela al azar
y el bosque duerme
en paz y solaz.

Las caracolas
en el palmar
cantan a coro
solo un cantar

-Dejadme oírlas.
Quiero escuchar
su suave eco,
su susurrar.

-Y ¿qué te dicen?
¡Perlas del mar!

Hablan de Aspasia,
de un suspirar,
besos y labios,

sensualidad.

Hablan de intrigas,
deslealtad,
de sufrimientos,
ansias de amar.

La envidia acecha.
Tiene un puñal,
tiene una daga
y una señal.

Su negro manto
huye fugaz,
hunde su espanto
en el litoral.

Hay un secreto
que nadie oirá.
Hay una perla
y un talismán.
Joyas, rubíes,
nácar del mar
sobre las olas
de luz y sal.

Por las arenas
del litoral
las caracolas
cantando están.

-Y de ti, Aspasia,
¿quién hablará?
Las caracolas
que van al mar.

ASPASIA.- (Aplaudiendo al finalizar la poesía.) Muchas gracias por habérmela dedicado. Ha sido bellísima. Sin embargo no creo haberla comprendido bien del todo. Me ha parecido muy misteriosa. Otro día me revelas su sentido oculto. Ahora quiero presentarte a los demás invitados.

(Las dos salen por la puerta de la izquierda. Entra por la puerta de la derecha XANTIPPOS, el hijastro de ASPASIA. Es un joven grueso, orgulloso e insolente. Le acompaña NICIAS, un anciano de mal aspecto.)

XANTIPPOS.- No hubiera sido de mi gusto entrar en esta casa nunca, pero no tengo más remedio que sacar dinero a esta maldita madrastra que tengo, si quiero saldar las deudas de mi mujer.

NICIAS.- Yo haría lo mismo, si estuviera en tu lugar. Tienes razones más que suficientes para hacerlo.

(Entra ASPASIA por la izquierda.)

ASPASIA.- ¿A qué se debe tu visita a esta casa Xantippos? No has venido a visitar a tu padre, desde que te casaste. Supongo que estáis todos bien.

XANTIPPOS.- (Con frialdad y desprecio.) No creo que a la mujer que quitó el marido a mi madre, le interese, para nada, la salud de mi mujer y la mía, a no ser que quiera hacernos todavía más daño. ¿No crees que lo que hiciste fue una villanía?

ASPASIA.- No creo que sea una villanía hacer algo que está ratificado por las leyes y por los tribunales. Son cosas legales que pasan en la vida. ¿Has venido sólo para quejarte de algo inevitable?

XANTIPPOS.- He venido por algo muy distinto. Necesito un préstamo. Mi mujer tiene que saldar una deuda importante y no contamos con dinero para ello.

ASPASIA.- ¿De qué cantidad se trata?

XANTIPPOS.- De cien mil dracmas.

ASPASIA.- (**Asustada.**) ¡Por la diosa Minerva! Es una cantidad muy grande. No creo que Pericles pueda ayudarte.

XANTIPPOS.- (**Airado.**) ¿El Jefe del Estado no querrá ayudar a su propio hijo?

ASPASIA.- Tu padre tiene que dar cuentas al Gobierno de sus gestiones y no puede verse inmiscuido en una acusación de corrupción administrativa.

XANTIPPOS.- (**Insolentemente.**) No pretenderás hacerme creer que no lo ha hecho otras veces. ¿De dónde salía el dinero que le daba a Fidias para sus esculturas? ¿Cómo dilapidó tanto dinero público en el arte?

ASPASIA.- (**Muy excitada.**) ¡Vulgares calumnias! Pericles ha demostrado ser en todo momento el hombre más íntegro de Grecia. Nunca ha tenido ningún secreto en todas sus actuaciones. Todas sus cuentas han estado claras y abiertas.

XANTIPPOS.- Pues ahora va a tener que cambiar un poco de actitud a la fuerza para poder ayudarme. Es algo que os debe interesar mucho a los dos.

ASPASIA.- ¿Por qué nos debe interesar a los dos?

NICIAS.- (**Con malicia.**) Yo creo que os convendría solventar este problema pacíficamente, porque es algo que os interesa a los tres. La carrera política de Pericles depende también de Aspasia, como todos saben.

ASPASIA.- ¿Qué es lo que todos saben?

NICIAS.- Todo el mundo sabe que en esta casa pasan muchas cosas raras...

ASPASIA.- ¿A qué cosas te refieres?

NICIAS.- Yo sólo recojo la voz de la calle. La gente habla de las fiestas que se celebran aquí con los artistas..., porque de todos es sabido que os gusta frecuentar el trato con esa gente tunante y vil que son los artistas. ¿Qué provecho puede acarrearos esa gentuza? Todos saben que están llenos de los vicios más depravados.

ASPASIA.- No puedo comprender nada de los que dices. Los grandes artistas que visitan esta casa son gente que ennoblece con su arte a toda Grecia. ¿Cómo puedes hablar así?

NICIAS.- Yo sólo recojo la voz de la calle y te advierto que estos rumores pueden haceros mucho daño, si no os lo han hecho ya.

XANTIPPOS.- Yo mismo podría recoger todas estas argumentaciones y acusaros.

ASPASIA.- Tus palabras me llenan de espanto. ¿Serías capaz de denigrar a tu propio padre? ¿Qué clase de fiera eres? ¿Cómo serías capaz de una acción semejante?

XANTIPPOS.- Yo sería capaz de eso y mucho más. Sería capaz, por ejemplo, de denigrarte también a ti y para eso no haría falta mucho esfuerzo: os denigraría a los dos.

ASPASIA.- ¿Qué acabas de decir, insensato? ¡Fuera de mi casa inmediatamente!

XANTIPPOS.- Esta no es tu casa. Esta es la casa de mi padre. ¿Cómo te has atrevido a meter en esta casa a Onfala, la tortillera más grande de toda la historia de la humanidad? ¿Crees que la gente se chupa el dedo? Las bacanales que aquí se hacen, tienen que ser apoteósicas.

NICIAS.- Esto le puede acarrear a tu marido funestas consecuencias.

ASPASIA.- (Se tapa los oídos llorando.) ¡Qué horror! ¡Prefiero no escuchar! ¡Fuera de mi casa inmediatamente!

XANTIPPOS.- Tienes que decir a mi padre que como no quiera ayudarme, va a tener que enfrentarse contra mí en los tribunales.

(XANTIPPOS y NICIAS salen por la puerta del foro.)

ASPASIA.- Ha llegado el momento que tanto temía. Los enemigos de Pericles se van a cebar en mí, para tratar de destruirle. ¡Cómo voy a poder demostrar al mundo que también las mujeres podemos luchar y vencer contra todos los poderes del infierno!

**(Se arroja sobre el asiento, llorando desconsoladamente.
Entra ONFALA por la puerta de la izquierda.)**

ONFALA.- ¿Qué te pasa, Aspasia? ¿Por qué estás llorando?

ASPASIA.- **(Disimulando.)** No es nada importante. Hay días malos en los que todo le sale mal a una... ¿Quieres hacerme el favor de decirle a Tisífone que me voy a mis habitaciones y que no quiero que me moleste nadie en estos momentos?

ONFALA.- Descuida, así lo haré.

(ASPASIA se retira por la izquierda y entra TISÍFONE por la puerta de la derecha.)

ONFALA.- Me ha encargado Aspasia que te diga que se retira a sus habitaciones y que no está para nadie en estos momentos. No sé qué le puede haber pasado. Tenía lágrimas en los ojos.

TISÍFONE.- Ese hijastro que tiene, no le puede dar más que disgustos.

ONFALA.- Por eso nosotras no admitimos estas situaciones. Queremos estar completamente libres para otros menesteres más interesantes. Aprovechemos el tiempo, ahora que Aspasia no está.

(ONFALA lleva a TISÍFONE al triclinio, reclinándola y desnudándola mientras habla.) ¡Si pudiera llevarte conmigo a Lesbos! haríamos unas representaciones muy atrevidas. Seríamos la sensación teatral de la temporada. No sé cómo lo podríamos hacer. Sería un sueño maravilloso, tenerte siempre a mi lado. Mira cómo se puede gozar simplemente con el tacto de un solo dedo. La piel es tan sensible y maravillosa. Nos rodea por todas partes, envolviéndonos en excitación y en misterio. Nos enseña que todo el universo circundante sólo adquiere sentido, cuando es excitado por la magia de los dedos.

(ONFALA le va pasando el dedo índice por la garganta, los hombros y los pechos, mientras la besa ardientemente. Un foco circular las ilumina y las demás luces se apagan. Se oye una música suave.)

TISÍFONE.- (Gozando intensamente de las caricias y besos de ONFALA.) ¡No hay nada más suave que el tacto! ¡No hay terciopelo más suave que el beso!

ONFALA.- No hay seda más dulce que una caricia. ¡Qué suave encanto se desprende de los dedos! Es como una lluvia sobre pétalos de flores, como rayos de luz en ojos ciegos. Es un descanso para todo corazón ajetreado. ¡Es el único placer que tenemos los esclavos!

(ONFALA le va besando por todo el cuerpo y pubis de TISÍFONE, quien goza intensamente. Se van apagando las luces y se baja el telón.)

ACTO V

La escena representa la sala de un tribunal de justicia de Atenas. En el escenario a la derecha, mirando hacia el público, está situado el estrado donde se colocan los acusados: ASPASIA y PERICLES, vestido de militar. Los acusadores, XANTIPPOS y NICIAS, se sientan en un banquillo situado en el lado opuesto a la izquierda. Se supone que en la parte del teatro, ocupada por el público, se sitúan los jueces. A la derecha, a la entrada del estrado, hay colocado un poste de anuncios, en el que se informa al público sobre el juicio que va a tener lugar. Al fondo del escenario hay unas gradas en las esquinas donde se van colocando los componentes de los COROS a medida que van entrando. Entra en la sala primeramente el CORO DE MUJERES con la CORIFEA.

CORIFEA.- Amigas mías, hoy es un día de luto para todas las mujeres de Grecia. Aquí no se va a juzgar a una mujer. Aquí nos van a juzgar a todas nosotras.

CORISTA 1ª.- ¡Espantoso! ¿Cómo se habrán podido meter contra Aspasia, si no ha intervenido en ningún asunto público del Estado?

CORISTA 2ª.- Eso mismo es lo que yo me pregunto. Si hubiese causado algún daño a la nación, le podrían acusar de algo grave; pero no teniendo nada en su contra, no sé cómo la han podido traer aquí.

CORIFEA.- Ya os dije yo al principio que todo esto no podría acarrear más que funestas consecuencias. ¡Si no hubiese hablado tanto! Si se hubiera estado calladita, como corresponde a una mujer de su posición, no le hubiera pasado nada. Ahora hasta su misma vida está en peligro.

CORISTA 3ª.- ¿Tú crees que la matarán?

TODO EL CORO DE MUJERES.- ¡Qué horror!

CORIFEA.- Estad calladas y no digáis nada, no sea que nos acusen también a nosotras de haberla animado a hablar delante de los hombres. Sentaos en las gradas. Tened en cuenta que a los hombres no les gusta tampoco vernos llorar como benditas.

(El CORO DE MUJERES se sienta en los asientos del fondo. Entra el CORO DE HOMBRES por el lado contrario.)

CORIFEO.- Hoy va a ser el día más importante de todo el año para toda Grecia. Por fin vamos a poder demostrar a estas mujeres que su papel es quedarse en la cocina, haciendo la comida y no mandar como los hombres, exhibiéndose en los lugares públicos.

CORISTO 1º.- ¡Cómo me gustaría que la castigasen bien! Así aprendería mi mujer a ser más obediente y a no responderme tanto.

CORISTO 2º.- Es que tu mujer habla muchísimo. Yo creo que este juicio no le va a servir de nada. Le harían falta veinte juicios más.

CORISTO 3º.- Pues yo, aun así y todo, preferiría haberme casado con Aspasia, en lugar de mi mujer, aunque me estuviera corrigiendo la dicción durante todo el día. Es realmente guapa la condenada.

CORISTO 4º.- No creo que la hubieses podido aguantar, al demostrarte constantemente que eres un paleta al lado de ella.

CORIFEO.- A ver si no decís tonterías y estáis en silencio durante el juicio. Vamos a los asientos que ya veo venir a los jueces.

(Se oye por megafonía la VOZ DEL HERALDO DEL TRIBUNAL.)

VOZ DEL HERALDO DEL TRIBUNAL.- Que entre la acusada Aspasia y que la guardia de arqueros escitas se coloque a la entrada del tribunal.

(Se oyen por megafonía ruidos de hombres armados que se colocan en sus puestos. Aparecen en la sala ASPASIA, vestida de luto y PERICLES, vestido de militar a la usanza de la época.)

VOZ DEL PRESIDENTE DEL TRIBUNAL.- ¿Ha traído Aspasia su abogado defensor?

ASPASIA.- No, Señoría. Yo misma me defenderé.

VOZ DEL PRESIDENTE DEL TRIBUNAL.- ¿Acepta la acusada la responsabilidad de los hechos que se le imputan?

ASPASIA.- (Incorporándose.) De ninguna manera. Son acusaciones falsas con la única intención de difamarme.

(Se oyen murmullos en la sala.)

VOZ DEL PRESIDENTE DEL TRIBUNAL.- Que comiencen a declarar los testigos.

(Sale XANTIPPOS de entre los CORISTOS y se coloca en el centro de la sala.)

XANTIPPOS.- Yo le acuso de impiedad contra los dioses por haber repetido, muchas veces y públicamente, la frase de Protágoras: «El hombre es la medida de todas las cosas. Del ser de las que existen y del ser de las que no existen».

VOZ DEL PRESIDENTE DEL TRIBUNAL.- ¿Admite la acusada haber repetido públicamente la sentencia de Protágoras, autor cuyos libros han sido quemados por la autoridad judicial, habiendo sido él mismo condenado al exilio?

ASPASIA.- Protágoras no fue condenado por decir esa frase. Fue condenado por haber escrito un libro sobre los meteoritos, materia considerada sagrada. Por lo tanto esa acusación no tiene sentido.

XANTIPPOS.- Sin embargo son los dioses la medida de todas las cosas y no el hombre. También acuso a Aspasia de pretender dar a la juventud una educación antirreligiosa, tal como lo afirma otro testigo Nicias, aquí presente.

(Se sienta en el lugar de los acusadores del estrado. Sale NICIAS que estaba entre los CORISTOS y se coloca en el centro de la sala.)

NICIAS.- Yo he estado muchas veces en casa de Aspasia en calidad de invitado y cuando hablaba en público sobre la educación de la juventud, se mostraba completamente atea. Decía que a la juventud había que enseñarle a valerse por sí misma en el arte del discurso, para que pudiera hacer frente a sus intereses e ideales. Decía que estos conocimientos son superiores a los religiosos. Daba clases de ateísmo a la juventud, ya que no les hablaba nunca de los dioses.

ASPASIA.- Esta acusación es falsa. En mi sistema educativo no mezclé nunca a los dioses, ni he dicho que estos conocimientos sean superiores a los estrictamente religiosos. Solamente he defendido la dialéctica para dar un arma de expresión a la juventud y para que nadie pueda abusar de ella.

NICIAS.- Sin embargo es la familia de tu marido la que te acusa. La misma Polixena, la ex mujer de Pericles, ha venido para acusarte personalmente.

(NICIAS se sienta en el estrado de los acusadores. POLIXENA sale al centro de la sala desde las gradas, donde se sientan las CORISTAS.)

POLIXENA.- Yo acuso a Aspasia de llevar una vida disoluta, propia de las mujeres que trafican con su cuerpo.

(Se oyen murmullos de asombro, procedentes de los asientos del público, de CORISTAS y CORISTOS.)

POLIXENA.- Mis amigas y yo hemos visto muchas veces cómo besuqueaba a mi marido en el paseo de la Academia. Una vez, unos momentos antes, había estado disertando sobre las costumbres y acto seguido se dedicó a practicar la típica costumbre de las meretrices, besuqueando a mi marido.

(Se oyen fuertes murmullos en la sala y POLIXENA se sienta en el estrado de los acusadores.)

ASPASIA.- **(Se incorpora.)** Todo el mundo se ha tenido que dar cuenta de que Polixena habla por despecho. No supo retener a Pericles en su matrimonio y él la repudió, para casarse conmigo. ¿No es una cosa que sucede en Grecia todos los días? ¿Tiene esto algo de costumbre abyecta? ¿A qué viene entonces esta acusación? Me vio besar al hombre que se iba a casar conmigo poco después. Todo el mundo sabe que Polixena se ha vuelto a casar otra vez y, por lo tanto, yo no le he robado el marido.

(PERICLES se levanta del estrado del público muy serio y malhumorado.)

PERICLES.- Está claro que las acusaciones, vertidas aquí contra mi esposa, no han pretendido más que la difamación y el insulto. No sé, realmente, a qué viene este despecho contra Aspasia, cuando el repudio en Grecia es legal y se recurre diariamente a él. ¿Es que tengo que dar cuenta al imperio de todos los detalles relativos a la mujer con la que he querido casarme? En mi calidad de Jefe del Estado, ¿no es repugnante el tener que pasar por esta humillación?

(PERICLES se sienta en su asiento y sale XANTIPPOS al centro de la sala.)

XANTIPPOS.- Está demostrado que Aspasia no es una ciudadana ateniense. Es de Mileto y por lo tanto no está capacitada para responder ella misma a las acusaciones que se le hacen.

VOZ DEL PRESIDENTE DEL TRIBUNAL.- Tendrá que ser su tutor el que lo haga por ella.

PERICLES.- (Incorporándose.) Yo soy su tutor y esposo. Sobre mí recae ese derecho.

XANTIPPOS.- En las frecuentes reuniones y cenas que Aspasia celebraba en su casa hasta altas horas de la mañana, toda Atenas hablaba de lo que sucedía allí. En uno de los famosos banquetes el embajador de Egipto me contó que le daban abundantes regalos a Aspasia, para que consintiera que sus esclavas hicieran el amor con los invitados. Me dijo que Tisífone era la esclava que más regalos recibía a cambio de sus favores libidinosos.

(PERICLES se levanta y sale al centro de la sala.)

PERICLES.- Hace poco tiempo mi hijo Xantippos y Nicias efectuaron una visita a Aspasia, para chantajearla, pidiéndole dinero, con la amenaza de que si no lo hacía, se pondrían al lado de nuestros enemigos políticos y la acusarían de proxenetismo. Todo el mundo conoce en Atenas las deudas que ha contraído en mi nombre mi hijo Xantippos. Todo el mundo sabe que no puede pagar una deuda de cien mil dracmas que dilapidaron entre él y su mujer.

Se atrevieron a chantajear al Jefe del Estado, para que lo hiciera con el dinero del tesoro público. Está claro que no pueden ser acusadores válidos en un juicio dos personas que a su vez están acusadas por mí de chantaje para malversar el tesoro público.

Dentro de poco tiempo tendrá lugar en Atenas este juicio contra Xantippos y su mujer. En cuanto a las anteriores acusaciones, ¿cómo poder acusar de impiedad para con los dioses a una mujer en Grecia, que no ha tenido nunca ninguna responsabilidad religiosa? ¿A quién se le ha podido meter en la cabeza que es una tarea fácil acusar de proxenetismo a la mujer del Jefe del Estado? ¿No os dais cuenta de que, si ensuciáis mi casa con estas acusaciones, os estáis ensuciando también vosotros mismos?

XANTIPPOS.- (Enfurecido.) Aquí está un testigo de excepción. Aquí está una esclava que va a testificar lo contrario. A lo mejor te va a dar una sorpresa.

(Se oyen fuertes murmullos en la sala. PERICLES se retira a su asiento y sale TISÍFONE que se sentaba en el estrado de las CORISTAS.)

TISÍFONE.- Cuando en los banquetes de Aspasia, a altas horas de la madrugada los borrachos se ponían pesados, Aspasia nos obligaba a ser amables con ellos, especialmente si nos hacían algún regalo.

XANTIPPOS.- ¿A qué te obligaba Aspasia? ¡Dilo sin miedo!

TISÍFONE.- Me obligaba a acostarme con los invitados.

(Se oyen exclamaciones y murmullos en la sala.)

XANTIPPOS.- ¿Cuántas veces te obligó a hacerlo?

TISÍFONE.- Más de veinte veces

(Se oyen murmullos, exclamaciones y risas en la sala.)

XANTIPPOS.- Esto es escandaloso. ¿Cómo no castigar inmediatamente tanta osadía?

PERICLES.- (Incorporándose enfurecido.) ¡No puedo dar crédito a lo que estoy viendo y oyendo! ¿Acabas de decir que tu señora en mi propia casa te obligaba a prostituirte con mis invitados?

TISÍFONE.- Cuando usted no estaba en casa, naturalmente. Todo sucedía a altas horas de la noche. Usted no tenía por qué enterarse de nada.

(Se vuelven a oír fuertes exclamaciones y gritos del público en contra de ASPASIA.)

PERICLES.- ¡Ten cuidado con lo que dices! Si se te coge en mentira, se te puede sentenciar a muerte. ¡Te estás jugando la vida con estas declaraciones!

TISÍFONE.- La vida para mí no tiene ningún incentivo. Una esclava, como yo, no tiene por qué tener miedo a la muerte.

XANTIPPOS.- Este testimonio es decisivo. Pericles sólo profiere amenazas y exclamaciones, pero no demuestra nada. ¿No te das por vencido? ¿Qué testimonio puedes presentar contra el de Tisífone?

(Se oyen fuertes exclamaciones contra PERICLES y luego se hace un gran silencio. Desde los asientos de las CORISTAS sale ONFALA hacia el centro de la sala.)

ONFALA.- Yo quiero dar testimonio en favor de Aspasia.

(Todos los CORISTOS y CORISTAS profieren gritos de asombro y desprecio desde el estrado donde están sentados.)

CORISTAS Y CORISTOS.- ¡Es Onfala! ¡La célebre Onfala! ¡Qué puede hacer aquí una mujer como ella!

ONFALA.- Aspasia se ha dedicado siempre a enaltecer a las mujeres de toda Grecia y sin embargo otra mujer, Tisífone, la quiere denigrar. ¡En nombre de todas las mujeres de Grecia yo te ayudaré, Aspasia! ¡Yo, Onfala, la lesbiana, la poetisa de Lesbos, siento por ti una gran admiración y un profundo respeto!

(Se oyen murmullos de estupor y admiración.)

Todo el mundo sabe que yo hago profesión de mis escándalos. Lo que no sabe todo el mundo es que a mí me horroriza la injusticia y que aquí se está vilipendiando a la mujer más grande de Grecia. Lo peor de todo es que estas acusaciones son falsas... **(Provocando al auditorio.)** ¡Yo no me avergüenzo de ser lesbiana! Pero aquí hay otra lesbiana, como yo, que está fingiendo no serlo. Una mujer que siente un asco infinito por los hombres y está pretendiendo hacernos creer a todas que es una gran devoradora de corazones masculinos.

(Se dirige a TISÍFONE con dureza.) Dime, Tisífone, ¿eres lesbiana o no?

(TISÍFONE calla asustada.)

La última vez que hiciste el amor conmigo, me confesaste el odio y el desprecio que sentías por los hombres y que la mujer que más te apetecía era Aspasia. Me confesaste que llegaste a besar en la boca a Aspasia, cuando se estaba bañando y que te castigó, mandándote azotar delante de todas las esclavas... Dime, Tisífone, ¿eres lesbiana o no?

(TISÍFONE vuelve a callar aterrada.)

Yo sé que el corazón de Aspasia es tan grande que estará dispuesta a perdonarte, si confiesas tu culpa y no tomará represalias. Tal vez te mande conmigo a Lesbos.

(ASPASIA asiente con la cabeza. Se oyen fuertes murmullos de estupor.)

TISÍFONE.- (Rompiendo a llorar con gran llanto.) ¡Todo ha sido mentira! Lo he hecho por despecho y animada por las acusaciones de Xantippos. ¡Ella me despreció y yo la amaba, como no he admirado y amado a ninguna otra persona en esta vida...! Me fascinaba su sabiduría, su prudencia, su delicadeza, todo su ser. Su voz para mí era como una música y hubiera dado mi vida por una caricia de sus manos. Me llegué a obsesionar tanto con su presencia que no vivía más que para verla y oírla. ¡No tuvo ningún derecho a humillarme como lo hizo! ¡Ella me odiaba y yo la quería...!

(ONFALA y TISÍFONE se retiran a su asiento entre las CORISTAS. Sale PERICLES al centro del estrado.)

PERICLES.- (Dirigiéndose a ASPASIA.) Cuando me casé contigo, Aspasia, te prometí hacer de ti la mujer más importante del mundo y una gloria para Grecia. Yo sabía que el arte y la sabiduría es lo único que perdura a través de los siglos y te hice apreciar a los grandes artistas griegos, como grandes personas que acarrearán una multitud de bienes para nuestra nación. Sabías muy bien que lo que yo pretendía era hacer de Grecia el origen de una gran cultura para todo el mundo. ¡Perdóname, Aspasia, por todas las humillaciones que te ha hecho pasar nuestro matrimonio! Hay muchas personas que no desean que las mujeres prosperen. Se dedican a envilecerlas y a empequeñecerlas, para que sólo puedan ser cabecitas vacías o carne de prostíbulo. Tú vales mucho más que muchos hombres que gobiernan en Grecia y no estoy dispuesto a consentir que te envilezcan con falsas acusaciones. ¡Perdónanos a todos, Aspasia, tal como has perdonado a tu esclava! ¡Te hemos hecho tanto daño! ¡Te hemos arrastrado y zarandeado delante de todo el mundo, como si fueras la escoria y el desecho de nuestra sociedad! ¡Perdóname! **(Rompe en breve llanto.)**

Todos vosotros sabéis que mi hacienda entera ha estado siempre a la disposición del Estado y que nunca me he dejado corromper por nadie. Si a pesar de todo, jueces que me escucháis, condenáis a esta mujer, ya no me quedará otra alternativa que la de renegar de todos vosotros, porque toda mi vida al servicio de la patria habrá sido vana y sin sentido. ¡Tanto sacrificio para nada que mereciera la pena!

(Se dirige hacia ASPASIA y la abraza. Después de un breve y profundo silencio, se oyen las trompetas de los guerreros escitas que anuncian la declaración de la sentencia.)

VOZ DEL PRESIDENTE DEL JURADO.- El Jurado considera a Aspasia inocente y libre de todos los cargos.

(Se oyen voces de júbilo y de vivas a ASPASIA. Después de unos momentos se apagan las luces repentinamente y vuelven a iluminar en mil colores el CORO DE MUJERES que se ha colocado en el centro del escenario, para efectuar las últimas evoluciones en el recitativo siguiente de La Mujer.)

CORIFEA.- ¡Mujer!

Has nacido para ser estrella.

¿Por qué te quieren romper las alas?

¡Mujer!

No está tu puesto

en los pantanos cenagosos,

ni entre los reptiles de las cavernas.

Hay un puesto para ti

en la montaña de la gloria,

donde brota la fuente del poder.

CORISTAS.- ¡Sube del fango!

¡Vuela a las estrellas!

Hay un puesto para ti en la montaña

de la gloria.

CORIFEA.- Si no quieren que seas tú,

¿quién podrás ser?

Si no quieren que aparezcas
donde mereces,
¿dónde te esconderás?
Sólo te dejan una copa de amargura
y un manto negro para ocultar tu rostro.

CORISTAS.- ¿Por qué quieren romperte las alas?
¡Sube del fango!
¡Vuela a las alturas!
Si no quieren que seas tú.
¿quién podrás ser?

CORIFEA.- Pon en tus sienes
las flores del conocimiento.
Bebe segura de la fuente del poder.
Tienen que reservarte a ti
un puesto en la montaña de la gloria.

CORISTAS.- Si no quieren que aparezcas
donde mereces,
¿Dónde te esconderás?
Si no quieren que seas tú.
¿quién podrás ser?

CORIFEA.- **(Intensificando de menos a más.)**
¿Quién te ayudará?
¿Quién te ayudará?
¿Quién te ayudará?

CORISTAS.- **(Intensificando de menos a más.)**
¿Quién te ayudará?
¿Quién te ayudará?
¿Quién te ayudará?

(Se apagan las luces y se baja el telón.)

FIN